

Por tanto, te encomendamos este asunto, Venerable Hermano Nuestro, cuyo esplendor de doctrina, agudeza de ingenio y amor á todas las cosas que atañen á la humanidad conocemos, á fin de que lleves á cabo nuestro designio. Entre tanto, reflexionarás detenidamente el asunto, y cuando hayas meditado el medio que responda oportunamente á nuestro intento, nos lo someterás por escrito, para que lo examinemos, á fin de aprobarlo y fortalecerlo con nuestra autoridad. Finalmente, á fin de que la sabiduría del Doctor Angélico *se esparza y difunda* más ampliamente, *mandamos que todas sus obras se den á luz integrante*, siguiendo el ejemplo de San Pío V, antecesor nuestro, preclaro por la gloria de las cosas que llevó á cabo y por la santidad de la vida; á quien, en verdad, el éxito respondió tan felizmente en aquel asunto, que los ejemplares de Santo Tomás, divulgados por su mandato, son muy considerados entre los hombres doctos y buscados con grande afán. Mas por cuanto aquella edición es muy rara, se desea otra *comentada* que pueda ser comparada por su excelencia y elevación con la de San Pío. Pues las demás, tanto las antiguas como las modernas, no parecen haber obtenido tanta aprobación, en parte porque *no reproducen todas las obras* de Santo Tomás, en parte porque carecen de los *comentarios de sus mejores intérpretes y comentaristas*, en parte porque han sido dispuestas con poca diligencia. Mas tenemos firme esperanza que á esta necesidad se ha de responder por la nueva edición que abraza todos los escritos del Santo Doctor, impresa, en cuanto sea posible, con las mejores formas de letra y enmendada cuidadosamente, valiéndose del auxilio de los códices manuscritos que salieron á luz en nuestro tiempo. Procuraremos también que se publiquen á la vez las elucidaciones de sus *más esclarecidos intérpretes, como son las de Tomás de Vio*, Cardenal Cayetano, y del *Ferrariense*. En verdad que se presentan al ánimo, ora la grandeza, ora la dificultad de la obra que se ha de llevar á cabo; pero no obstan-

te, esto no impedirá que cuanto antes la emprendamos con gran presteza. Confiamos, pues, que en un asunto tan grave, que toca en gran manera al bien común de la Iglesia, Nos asistirá el divino auxilio y el deseo unánime de los Obispos y tu prudencia y habilidad experimentada ya y conocida ha largo tiempo. Entre tanto, Venerable Hermano, de lo íntimo del corazón te damos la bendición Apostólica, como prenda de nuestro especial amor.

Dado en Roma, en San Pedro á 15 de Octubre de 1879, segundo año de nuestro Pontificado.

LEÓN, PAPA XIII.

N. B.—Véanse las proposiciones 13 del Syllabus y la 70 de la Constitución de Pío VI: «Auctorem Fidei.»

ARTÍCULO VI

SANTO TOMÁS DE AQUINO, SEGÚN EL P. VIGIL,
OBISPO DE OVIEDO, ORD. PRAED.

I

¡Qué origen tan noble y qué condición tan miserable la de la razón humana! Participación de la razón divina, destinada á medir el anchuroso océano de sus obras, á cantar las armonías de los cielos y la fecundidad de la tierra, empuñaba el cetro de la creación, dictaba leyes á los moradores todos del globo, que se le diera como escabel de su grandeza, y llenaba el corazón de afectos puros para levantar al fin su vuelo hasta el trono de Dios, en las alturas, y descansar allí á sus plantas en la clara intuición de su hermosura. Empero, divorciada de Dios por el pecado, cayó de su mano el cetro angusto, eclipsóse la luz que le animaba, y, encorvada hacia la muerte, vióse extranjera en sus estados, y su autoridad menospreciada por el corazón y las pasiones, y hasta por el mundo exterior, que desconoce á su antigua soberana.

Desde entonces la razón humana ya no fué la luz indecible; desde entonces oscureció su brillo por afectos impuros; si se remonta alguna vez hasta el Eterno y bebe allí la ciencia de Dios, de la cual vive, se arrastra las más por ese suelo y es juguete de la carne y es esclava de aquellos mismos afectos que debiera regular con su consejo. De ahí, esa lucha perpetua y titánica del error y la verdad, que se disputan sin tregua, sin descanso y sin sosiego el predominio relativo de la pobre razón humana. De ahí esas vicisitudes, jamás interrumpidas, de gloriosas ascensiones y de ignominiosas caídas, en las cuales nuestra inteligencia noble parece unas veces haber adecuado cuantas hermosas verdades son objeto de sus ansias, mientras que otras se apacienta, infatnada y orgullosa, de sistemas tenebrosos, de absurdos, de aberraciones, que la hacen descender hasta el nivel del mono antropoide ó de las cristalizaciones orgánicas que flotaban allá, en tiempos remotos, sobre la agitada superficie de las aguas. Dios, sin embargo, no ha abandonado en ningún tiempo por completo el apostolado de la verdad al réprobo sentido de la inteligencia, que se prostitua á sí misma al amor de la materia. Desde el Edén hasta el diluvio, desde las llanuras del Senaar hasta las de la Caldea, desde la tierra del Gesén y desde el Sinaí hasta Sión y el Calvario, levantó de siglo en siglo en las edades genios poderosos que la conservaron y la transmitieron á las generaciones posteriores. Y al lado de esos patriarcas de la antigua alianza suscitó también en otros pueblos de la gran familia humana lumbreras como Zoroastro y Pitágoras, Platón y Aristóteles, Cicerón y Séneca, que alimentaron entre tinieblas y sombras el fuego sagrado de una revelación primitiva, purificando las tradiciones populares en el crisol poderoso de su inteligencia extraordinaria. Empero, á pesar de estos auxilios, la humana razón volvía al abismo de la ignorancia y del error y del odio á la verdad racional y á la verdad revelada, hasta que en la plenitud de los

tiempos la misma verdad eterna tomó forma sensible, se hizo comensal de los hombres, con ellos conversó y los esparció por el mundo al impulso misterioso de esta inspiración divina: Id, y enseñad á todas las naciones: yo soy el camino, la verdad y la vida; yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos. La verdad divina tuvo desde entonces su asiento en la roca del Vaticano; y desde allí brilla inextinguible sobre todos los ámbitos del orbe; y á la sombra de esa verdad, absoluta, inmutable, eterna, inicióse la restauración de la oscurecida é incompleta verdad humana, representada primeramente en Justino, Tertuliano y Lactancio, Clemente y Orígenes; los Gregorios, San Agustín y San Isidoro. Otros ilustres adalides de la verdad continuaron esa grandiosa epopeya, esa restauración gloriosa para las ciencias humanas, deificación en cierto modo de la razón del hombre, que se elevó en alas de la fe á la solución completa y acabada de cuantos problemas habían torturado los ingenios por más de cinco mil años, y que llegó á los últimos límites de lo posible, bajo el genio portentoso de Santo Tomás de Aquino, de ese vate predestinado para cantar en dulce éxtasis las armonías de la razón y de la fe, y para unir en alianza perdurable la religión y la ciencia, la filosofía y el dogma, dándoles por asiento y por alcázar el monumento incomparable de la teología escolástica.

Sí; Santo Tomás de Aquino es la encarnación y la síntesis de la teología católica delineada por los Padres, y de la filosofía cristiana, depurada por él de los errores del paganismo que la oscurecía en la Edad Media, desarrollada, desenvuelta y completada por su genio incomparable. Santo Tomás de Aquino es, con todo el rigor de la palabra, el padre de la teología católica, y de la filosofía cristiana; y, lo que es más, el creador de esa otra ciencia nobilísima, universal, que une las dos con fuerte lazo: Santo Tomás es el organizador de la escolástica. Ciencia soberana que, levantada por el Angélico Doctor como

antorcha esplendorosa en la cúspide de los siglos cristianos, iluminó al mundo antiguo, disipando el paganismo de las hordas del Norte, y dando fin á la barbarie de los pueblos orientales, é inauguró la edad moderna, en la cual el árbol de la civilización cristiana se desarrolló robusto, pendiendo de sus ramas bienhechoras los regalados frutos del bien, de la verdad y de la vida, y brotando á sus pies, como flores de belleza primaveral, las lenguas vulgares, las catedrales ojivales, la Divina Comedia, las excelsas concepciones de la belleza ideal de Fr. Angélico, y las repúblicas modeladas sobre el cristianismo por Jerónimo Savonarola.

¿Quién sabe, á dónde hubiera llegado la Europa, fiel al movimiento ascensional que recibiera del Ángel de las Escuelas? La esclavitud se modificaba; el feudalismo languidecía; alzabase el municipio; promulgábanse códigos; los pueblos mandaban consejeros á los Reyes; organizábanse las primeras milicias; al monje sedentario sucedía el fraile activo, predicador, confesor, doctor, que se identificaba con el pueblo, haciendo suya su causa, é instituíanse, por fin, esas grandes y públicas Universidades, que habrían á la actividad febril de la inteligencia humana nuevos y dilatados horizontes. La era moderna, en una palabra se inauguraba con todas sus grandezas y exenta de los peligros que hoy entraña. Empero, para desgracia de la civilización y de la ciencia, lanzó Ockán á la arena candente de la discusión, en son de rebelión y de protesta contra la filosofía escolástica, su nominalismo y su criticismo escéptico, y halagando á la potestad real, depiéndolo al Pontificado, y negando la inmutabilidad y hasta la existencia de la ley eterna, encontró sectarios inafigables.

A éstos prestaron concurso poderosísimo, en contra de la escolástica, el panteísmo de Jordano Bruno, el criticismo exagerado de Campanella, el empirismo de Bacon, el renacimiento pagano; las pasiones todas patrocinadas por

un sistema filosófico, siendo el resultado de tan múltiples factores el protestantismo de Lutero, el absolutismo de Maquiavelo y el racionalismo de Descartes. Perdido así el norte de toda verdad en religión, en política y en filosofía; arrojada la semilla en un terreno preparado, el fruto era sólo efecto del tiempo, y vióse al protestantismo degenerar en indiferentismo, y al absolutismo en cesarismo y al racionalismo en positivismo materialista: consecuencias lógicas y necesarias de todo sistema racionalista, el cual es hoy la fórmula, como fué el factor, de todos esos absurdos que minan sin descanso los fundamentos de la familia, de la sociedad, de la religión y de la ciencia.

Conocéis, la naturaleza del mal, y su origen y su historia: es un organismo vigoroso, apoyado por sociedades tenebrosas, tolerado por la culta Europa, que es en parte obra de sus logias, y que ha comenzado su carrera arrancando á los católicos la filosofía escolástica, única arma capaz hoy de resistir á los embates del racionalismo triunfante y de desposeerle de sus trincheras.

Y ved por qué, señores, la Iglesia, que ha medido la profundidad de la llaga social y que la ha encontrado inmensa, pero que cree á los pueblos sanables, vuelve los ojos hacia el Ángel de las Escuelas y nos exhorta vehementemente á que abracemos esa arma imprudentemente abandonada, en la seguridad de que la filosofía de Santo Tomás, hoy, como en el siglo XIII, salvará los fueros de la fe, sin menoscabo de los fueros de la razón, y renovará la concordia de estas dos hijas del cielo. Tenéis, señores, indicado el pensamiento de mi discurso. La dictadura de un genio es la garantía de la libertad en las profundas crisis de la historia; en el periodo agitadísimo y turbulento porque hoy atravesamos, nadie reúne los títulos de Santo Tomás de Aquino para ejercer una dictadura racional y prudente en favor de la fe menospreciada y de la razón vilipendiada, porque de nadie se puede decir con tanta justicia, que *le dió el Señor los preceptos y la ley de vida y de disciplina,*

para enseñar su testamento á Jacob y sus juicios á Israel». Por eso, inspirado en la admirable Enciclica de nuestro Santísimo Padre León XIII, intentaré manifestaros que la filosofía del Angélico Doctor es una ciencia completa, es el único organismo científico de filosofía cristiana, al cual si es posible añadir nuevas verdades arrancadas de los secretos de la naturaleza, jamás podremos cercenar, variar ni corregir nada sin minar profundamente el edificio de la ciencia. Santo Tomás, es el príncipe de los filósofos. Os lo demostraré examinando rápidamente las principales conclusiones de su filosofía, y presentándoos como un precioso ramillete, las alabanzas que le han tributado los sabios.

PRIMERA PARTE

La ciencia en general, nos dice el Angélico Doctor, es el conocimiento de las cosas por sus causas; y como tanto más noble más digna y más elevada es una ciencia, cuanto más universal sea el objeto y más alta la causa que investigue, la ciencia de las primeras causas, la Metafísica, es la primera de las ciencias. Mas como la ciencia tenga por objeto la verdad, y ésta sea la igualdad del entendimiento con la cosa conocida, antes de engolfarse el hombre en el inmenso océano de la filosofía debe asegurar el punto de partida, escrutar y determinar las leyes del conocimiento y de la indagación de la verdad. La lógica es para el Angel de las escuelas la primera de las ciencias en el orden cronológico. Proporcionada á su elevación, á su abstracción, á su independencia de la materia, es en las criaturas la virtud cognoscitiva, continúa el Santo Doctor.

Los minerales y las plantas, completamente materiales, carecen de todo conocimiento; los brutos, superiores á ellos conocen las cosas singulares, sin remontarse jamás á la generalidad de una idea, porque su alma y sus potencias y sus funciones todas dependen de la materia y

de sus órganos, aunque con cierta sobreabundancia de vitalidad para establecer relaciones exteriores. El alma del hombre, espiritual, hija del cielo y dotada de inteligencia, es capaz de toda clase de conocimientos, por abstractos y universales que ellos sean, y tiene virtud propia para depurar los conceptos de toda material concreción y contemplarlos á solas en el santuario del pensamiento, sin que el cuerpo humano le preste otro concurso que la abundante materia para esas misteriosas transformaciones. Superior al nombre es el ángel, que no tiene cuerpo, que es absolutamente independiente de la materia sin que reciba de ella ni las formas ni los fantasmas. Dios le infunde ideas limitadas en universalidad y número, que son la norma y la medida de su extenso conocimiento.

Sólo Dios, cuya mente purísima y libre es inmune de toda composición y es ella su propia idea, tiene noticia de todo, sabiduría infinita, intuición simplísima: sólo Dios es omnisciente. *Quia Deus est in summo immateriabilitatis, sequitur quod sit in summo cognitionis.* Así analizada, bajo ese concepto elevadísimo, la noción de la virtud cognoscitiva, prosigue el Doctor Angélico la definición de la ciencia, estableciendo cuatro géneros de causas: material, formal, eficiente y final. La antigua filosofía no había podido emanciparse por un solo momento de esa cuádruple causalidad: el Aguila de Aquino remonta aquí su vuelo sobre Platón y Aristóteles para anunciar al mundo entero que el Sér por esencia, el acto purísimo, la causa primera, puede prescindir de la materia, si le place, y puede producir *ex nihilo*. La creación de la nada, ese misterio inaccesible á toda la antigüedad pagana, pero consignado en las primeras palabras del Génesis, perteneció desde entonces al dominio de la filosofía. Santo Tomás había descornado el velo que ocultaba el origen del universo, demostrando la posibilidad de la creación y sus motivos, y realizando un progreso de la ciencia racional que ni habían soñado los siglos. Pero la creación es propia y exclusiva de la Di-

vinidad, es su atributo incommunicable, personalísimo, como lo es también la causalidad primera, en el orden á la producción y conservación de los seres, y en el orden á cuantos actos positivos y reales ejecutan estos seres en el mundo, bajo la moción, dirección y aplicación de esa causa primordial, soberana, universalísima.

Las cosas que las ciencias conocen por sus causas, se dividen en seres sustanciales y accidentales: los últimos son modificaciones de los primeros. Las sustancias, objeto primordial de la filosofía, se subdividen en tres grandes ramificaciones; las primeras tienen causa formal sólo informante, sustancias materiales; las segundas tienen causa formal, informante y subsistente, sustancias mixtas, el hombre; y las terceras son formas sólo subsistentes, sustancias espirituales, ángeles. Y por encima de todas esas categorías, en la cúspide de todos esos seres, dominando esa gigantesca y profunda clasificación del objeto de la ciencia, el Sér Supremo, el Sér por esencia, la sustancia simplísima, Dios, causa primera, prototipo y causa final y última de toda la creación. Si queremos ahora entrar de lleno en la filosofía tomista, encontraremos que su objeto ha de tomarse universalmente considerado, hecha abstracción cuando menos de la materia singular, que, efímera y contingente, no puede servir de fundamento al eterno y sólido edificio de la verdad filosófica. Aún más; lo primero que el hombre percibe en ese objeto es la razón comunísima de ente, y sobre ese universal de los mismos universales, sobre esa noción universalísima, establece el Angélico Doctor el famoso principio de contradicción, piedra angular de toda filosófica demostración, y superior á todas luces al principio de la repugnancia de Kant, no menos que al de la razón suficiente de Leibnitz. Y notad de paso, que la teoría luminosa de Santo Tomás sobre los universales, como base de nuestras demostraciones científicas, es la única arma que puede esgrimirse con ventaja para pulverizar el panteísmo materialista, que desde la escuela

neoplatónica de Alejandría, hasta la ecléctica contemporánea de Cousin, viene fascinando á muchas inteligencias descreídas. Pero donde Santo Tomás rayó á una altura hasta la cual no ha sido posible seguirle, matando en la raíz todo germen de panteísmo y de sensualismo, fué en la profunda explicación de la bondad de las criaturas, probando luminosamente que la bondad absoluta y completa que resplandece en los diversos grados de la creación, es una bondad participada, es un accidente y nada más, que sobreviene á la bondad propia y sustancial de cada ser. Locke deprime la idea de la bondad, identificándola con el deleite; Santo Tomás la depura, la eleva y la hace depender de una relación de semejanza con la infinita bondad de Dios. Sublime como la teoría de la bondad es la teoría de la belleza, que Santo Tomás plantea, distingue, precisa, define, á la cual señala misión y concepto propio, respecto á la facultad cognoscitiva, que debe reposar tranquilamente en la intuición de la armonía que resulta de las partes varias, distintas y múltiples del objeto bello.

Para Santo Tomás, el bien mueve el apetito; el conocimiento descansa en la belleza. Decídme, señores, por gracia, si en cuanto se viene escribiendo hace seis siglos, si en las hermosas páginas de Victor Cousin encontráis un solo concepto que no se halle delineado en la filosofía de Santo Tomás, respecto á la esencia y condiciones y objeto de la belleza.

Otro problema, no encantador como los que se refiere á lo bueno y á lo bello, sino formidable y tenebroso, venía agitando los espíritus desde el origen de la historia.

Declarada impotente la razón humana para dar una solución satisfactoria, habiase confiado ésta muchas veces al fragor de los combates. ¿Qué es el mal? ¿Cuál es su causa? Santo Tomás dejó caer de su pluma esta respuesta imponente y severa como el ruido de las grandes aguas: El mal no existe, el mal no tiene causa. El mal es la privación, es la ausencia del bien; el mal es la nada. La causa

del mal es el bien defectible, limitado, que intenta producir otro bien, y que no llega á efectuarlo por completo á causa de su ineficacia: la causa del mal es el bien, que produce de paso y casualmente un desorden, un mal, teniendo por objetivo el bien.

Conocéis, señores, que sólo puedo recoger algunas epigramas de la abundante mies que se presenta á mi alcance. El maniqueísmo, esa herejía filosófica, social, política, religiosa, ese antagonismo de los dos principios coeternos, en lucha siempre y siempre sembrando la discordia entre los hijos de los hombres, aquí expiró, señores, estrechado para siempre por la vigorosa argumentación del gigante de la filosofía cristiana. Empero ya es hora de abandonar esas alturas de la ciencia ontológica si hemos de ocuparnos, siquiera sea ligeramente, de este mundo prodigioso que el Señor nos ha dado en parte como valle de penitencia, de oración y caridad. El mundo, el universo, el conjunto armonioso de globos, de luz, de éter, todas las sustancias en una palabra, y todas las fuerzas que afectan nuestros sentidos, han sido sacadas por Dios de la nada, y son real y sustancialmente distintas de la Divinidad: ni su materia es eterna, ni menos independiente del mismo Dios. El mundo es hermoso, es bello, es perfecto, es óptimo por razón de su fin, mas no es el mejor de los mundos posibles para la Omnipotencia divina, como ha pretendido Leibnitz. La filosofía cristiana tiene de Dios más elevado y más verídico concepto, y profesa el optimismo de que á Dios le quedó el brazo sano después de la creación para crear aún infinitos mundos siempre mejores, siempre más semejantes á su Creador, pero sin llegar jamás al optimismo de una semejanza adecuada. Y no sólo es distinto de Dios este mundo que venimos examinando á la luz de la doctrina del Angel de las Escuelas, sino que se compone de sustancias distintas entre sí, que nacen y se reproducen y se descomponen y mueren, y dan lugar á la producción de nuevos seres, sin que se pierda una fuerza, ni

se aniquile un solo átomo, aportando el Santo Doctor en apoyo de estas conclusiones, conformes por otra parte al común sentir de la humanidad, ó demostraciones concluyentes, ó razones plausibles, según la mayor ó menor certidumbre que permite la materia. Manifiéstase la vida por un movimiento interior de los vivientes, como las plantas, que se nutren y crecen y florecen y fructifican, mientras que los animales se levantan un grado más, tienen un alma cognoscitiva y apetitiva, material, mas no subsistente, como ha pretendido el ilustre Balme, evitando nuestro Santo el escollo del filósofo español, como la paradoja del automatismo de Gómez Pereira y de Descartes. Si á estas indicaciones añadís la grandiosidad con que Santo Tomás presenta y resuelve las profundas y trascendentales cuestiones del tiempo y del espacio, veréis que su doctrina cosmológica es la refutación completa de esa herejía de los filósofos todos que se apartan de la verdad revelada; de ese panteísmo obstinado en persuadirnos que el mundo es Dios y Dios el mundo, y nosotros dioses ó moléculas cuando menos ó modificaciones del gran todo, del gran Dios. Para esos filósofos, algunos de los cuales educan á vuestros hijos en las Universidades del reino; para esos corruptores del corazón y el pensamiento, de la moral y de la ciencia, el cuerpo y el espíritu, la verdad y el error, el bien y el mal, la muerte y la vida, el adulterio y la caridad, Dios y el hombre, el ser y el no ser, se identifican, se confunden, son la misma cosa, porque son la misma sustancia, ó porque son la misma idea que objetiva sus conceptos. Pues bien, señores, esos absurdos que vuestra razón instintivamente rechaza, los hallaréis reducidos á impalpable polvo en la *Suma filosófica* y en la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino. Desde el panteísmo de los indios y los chinos hasta el panteísmo germánico, desde el emanatista grosero de Brahma y de Spinoza hasta el idealista ó realista de los Tedas, Jordano Bruno, Fichte, Hegel, Krause, etc., todos han sido analizados, preveni-

dos, y vigorosamente impugnados por nuestro Angélico Maestro.

Hase hecho un cargo á Santo Tomás por haber descuidado el método experimental, mientras que le acusan otros de patrocinar el materialismo, por derivar de los sentidos todos nuestros conocimientos; extremos que se destruyen y evidencian la falta de preparación de los que así juzgan la filosofía cristiana. El método experimental psicológico es el punto de partida de cuantas demostraciones lleva á feliz término el Angel de las Escuelas en muchísimas cuestiones de la primera y segunda parte de su incomparable *Sumo*; el método experimental físico en su verdadero y científico desarrollo, parte de Alberto Magno; Santo Tomás de Aquino utiliza ambos procedimientos para elevarse á la síntesis, para asentar verdades eternas, investidas de los caracteres de necesidad y universalidad, que puedan servir de base para construir ciencia verdadera. Sin síntesis no hay ciencia, sin análisis no hay conocimiento cierto; por eso el método de Santo Tomás no es sintético ni analítico, sino analítico y sintético, experimental y ontológico, inductivo y deductivo, según el objeto y la necesidad de la demostración. Lejos de los escritos del Angélico ese psicologismo cartesiano, base movедiza de su pretendida ciencia y que preparó el camino al escepticismo, al sensismo y al panteísmo; lejos también de su doctrina el empirismo de Bacon, precursor funesto de Locke y de Condillac y de los materialistas del pasado siglo. ¡Y qué aplicación tan luminosa hace de su doble método el Angélico Doctor, al resolver los problemas que tienen al hombre por objeto! Para Santo Tomás el alma humana no es cuerpo, no es materia, no tiene siquiera composición material; el alma es una sustancia inmaterial, espiritual en el sentido completo de la palabra, y como espiritual simple, incorruptible, inmortal, inteligente, racional, volente y libre, que no se propaga ni por generación ni por traducción, sino por creación en el acto mismo de la concepción del

hombre; y todo esto, señores, demostrado vigorosamente por el Angélico Preceptor, partiendo de la base de la experiencia psicológica, y levantando la demostración con razones naturales, sin acudir para nada á la divina revelación. ¡Cuestión espinosísima en la que nuestro Santo, con la serenidad de un piloto peritísimo, salvó los fueros de la fe y de la razón, y evitó los escollos y se apartó igualmente de las encontradas corrientes del tradicionalismo, del racionalismo y del materialismo! El alma es además para Santo Tomás de Aquino forma sustancial del cuerpo humano; conquista filosófica de imponderable valor, que ha sido más tarde elevada á dogma de fe católica en el Concilio Eucuménico de Viena.

A las sustancias mixtas siguen las sustancias espirituales: sobre el hombre está el Angel; y si Santo Tomás de Aquino resolvió científicamente todas las cuestiones fundamentales de la antropología, aun aquellas que atañen á la parte material del organismo humano, remontóse sobre todos los doctores de la antigüedad al ocuparse de los angélicos espíritus. «Santo Tomás, ha dicho el sabio Sabbé, habló de los Ángeles como si lo fuese», y el orbe entero no es más que el eco de esta sentencia al llamarle Angel y Angélico, por la pureza de su vida y por su doctrina incomparable sobre esos espíritus excelsos.

Los Ángeles, según ese ángel de la tierra, son sustancias inmatеriales, espirituales, subsistentes, incorruptibles, inteligentes, volentes y libres. Creados por Dios en el principio del tiempo y en gracia santificante, recibieron de la inagotable bondad divina ideas más ó menos universales, en mayor ó menor número, que determinan sus jerarquías y coros, y que los ponen en intuición directa del objeto y de los principios y sus escuelas sin la imperfección del raciocinio. El movimiento de los ángeles, su locución, su influencia sobre las cosas materiales y sobre el hombre mismo, son el objeto de otros tantos problemas que Santo Tomás resuelve cual ninguno. Pe-

caron muchos de esos espíritus por soberbia, y fueron condenados al infierno, donde, obstinados en el mal, tiantan á los hombres, y hasta pueden tener con ellos implícito ó explícito comercio. De ahí la magia y la teurgia de la antigüedad, la brujería de la Edad Media, y el mesmerismo, magnetismo y espiritismo de nuestro siglo, explicados en sus causas y en sus efectos en las páginas angelicales del Ángel de los Doctores. Y como base, señores y como cima y como centro de este edificio grandioso de la ciencia filosófica, que vanamente he intentado bosquejaros, se encuentra la idea de Dios, verdad primera, bondad suma, belleza infinita, de quien todas las criaturas reciben el ser y la verdad, y la bondad y la belleza, y cuantas perfecciones arrebatan nuestra inteligencia, embelesan nuestros sentidos, hacen vibrar las fibras de nuestro corazón, y en los que descansan nuestras facultades cognitivas, haciendo de ellas como otras tantas etapas para remontarse al conocimiento y al amor y á la posesión de esa bienaventuranza final que sin cesar las solicita. Para Santo Tomás de Aquino, que «habló de Dios como si le viese», Dios tiene en sí mismo la razón necesaria de su existencia, es acto puro, causa primera, primer motor y fin último de todos los seres. Demuéstrase su existencia y su unidad por diferentes procedimientos racionales. Dios es además personal, creador, conservador y providente; contiene en sí las perfecciones de todos los seres existentes y posibles; y sólo Él es capaz de comprender el océano de su inmensidad. Él es su misma sabiduría y su Verbo expreso, personal coeterno y consustancial, medida y tipo de todos los seres presentes y pasados, futuros y posibles. Poned, señores, al lado de esta teodicea luminosa, esplendente, celestial, los sistemas de la llamada ciencia novísima de Kant y Hegel, Schelling, Fichte y Krause, y de cuantos esterilizan y pervierten la inteligencia de nuestra juventud desde ciertas cátedras y desde determinados periódicos, y veréislos desvanecerse como

sombras, como se desvanecerían las brumas de la nebulosa Alemania si fueran heridas por los rayos del hermoso sol de nuestra patria. Señores, he enumerado rápidamente algunas de las principales conclusiones de la filosofía cristiana personificada en Santo Tomás de Aquino.

La definición de la ciencia y su objeto, el mundo, el hombre, el ángel y Dios. Para conocer esa doctrina admirable, no hay otro medio que el de acudir á sus propias fuentes: si queréis saber lo que fué Tomas leed sus Obras. Así veréis cuán pálido es el cuadro por mí trazado, y cuán mal corresponde á la grandeza del asunto; sólo así tocaréis por vosotros mismos la filosofía del Angélico Doctor, para proclamarla ciencia completa y único organismo de filosofía cristiana, al cual no es posible cercenar, ni variar, ni corregir nada, sin minar profundamente el edificio de la verdad; sólo así podréis exclamar llenos de emoción santa:

¡Santo Tomás es el primero entre todos los filósofos!

Así lo han confesado los santos y los sabios por más de seiscientos años, como os mostraré con la brevedad posible si me prestáis atención por unos momentos más. Procuraré no abusar de vuestra benevolencia.

SEGUNDA PARTE

La filosofía de Santo Tomás, levantada en el centro de la Edad Media como la luz en el seno de las tinieblas que cubrían los orígenes de la tierra que habitamos, dispipó los errores todos que venían hacia tres siglos trabajando los espíritus, y del fondo de aquellos siglos de perturbación y de ignorancia surgió el siglo XIII, que animado por el genio portentoso de Santo Tomás de Aquino, fué por excelencia el siglo de fe y de entusiasmo religioso, el siglo de la ciencia racional y de la ciencia teológica, el siglo que se alzó en el desierto de la historia, y de la filosofía esplendente y majestuoso como la columna de fuego que

guiaba á los hijos de Israel hacia la tierra prometida. No hay problema racional al que no haya dado solución completa y científica ese humilde hijo de Santo Domingo, atento desde el silencio de su pobre celda á todas las contiendas sociales y religiosas, filosóficas ó teológicas, é imponiéndose por su santidad excelsa y por su universal sabiduría á Reyes y á Papas, á Universidades y á pueblos. Jamás el cetro del saber tuvo tan vastos dominios; pero jamás rey tan sabio ha empuñado ese cetro divino. La filosofía, que como la altiva Agar se había divorciado de la fe y erraba llorosa y sin sustento por la esterilidad del paganismo, es reducida por ese Ángel á la casa de Abraham, mas para que sirva á Sara; y establecida la concordia entre la señora y la sierva, si la fe ha menester de los servicios de la razón, ésta ve que en recompensa se alejan cada día más los límites de su horizonte, iluminados por los esplendores de la ciencia revelada. La teología natural conquista aquellas verdades que eran antes patrimonio de unos pocos, que á fuerza de fatigas intelectuales las poseían á medias y nunca exentas de errores. Las herejías y los cismas fueron para siempre debelados; las potestades deslindadas; señalados los deberes y prefinidos los derechos de los reyes y los pueblos; informadas las costumbres de los fieles, dirigidas y ordenadas con los preceptos de una ética cristiana. Así la voz del Angélico Doctor, calmando la anarquía de los espíritus, pareció á todos como el eco de una multitud de voces, y como la voz del Ángel que hablaba á Daniel junto al Buzates; porque era la voz de la ciencia y la voz de la religión, la voz de las Escrituras divinas y la voz de los santos Padres, que cantaba el epitafio de la fe y de la razón, y unía en ósculo de paz la religión y la ciencia en sus gigantescas *Sumas* y en su *Calena de oro*. La voz de Tomás es la voz de todos los siglos y de todas las escuelas, porque es la voz depurada y armónica de la verdad, que, doquiera que se halle, es una participación de la verdad primera y absolu-

ta. Es su voz como aquella rueda misteriosa que vió Ezequiel junto á los cuatro animales, que tenía cuatro caras; porque la Doctrina del Angélico Doctor sintetiza la verdad racional y la verdad revelada de las cuatro grandes manifestaciones de la historia; la filosofía pagana, la revelación judaica, el Nuevo Testamento y los escritores todos de la era cristiana. ¿Qué extraño es, por consiguiente, que el mundo entero saludara con júbilo su aparición sobre el horizonte de la vida, y le aclamara *sol de las inteligencias*, y que cuantos sabios verdaderos han sido después del Angélico Doctor, intentaran tan sólo describir órbitas más ó menos grandes, pero siempre en derredor de este centro del saber humano? «Compendio de misterios, dijo un sabio bien conocido, es la *Suma* de Santo Tomás. En ella está reunido cuanto se puede saber y enseñar; en ella están encerrados los Ambrosios, los Jerónimos, los Agustinos, los Gregorios; en ella está encerrado el mismo Angélico Doctor, mayor y menor que él mismo, resumen de extraña ciencia y compendio de la propia. A todos los sabe quien entiende á Tomás.» «¡Feliz escuela la del Doctor de Aquino, exclama otra ilustración, y más feliz aún la Iglesia si cuantos en ella se dicen doctores fuesen émulos del Angélico Doctor en su amor á la antigüedad, á la autoridad, á la armonía y á la universalidad de la ciencia! Así lo hicieron en sus días de gloria las célebres universidades de París, Salamanca, Alcalá, Zaragoza, Huesca, Tolédo, Valencia, Pamplona, Sevilla, Méjico, Lima, Coimbra, Duay, Tolosa, Bolonia, Nápoles, Padua, Turin, Buda, Cambridge, Oxford, Daelingen, Avignón, y cuantas en épocas mejores merecieron el título de tales. ¿Qué se hizo de su corona de gloria? Así lo hicieron y siguen haciendo las de Lovaina y Manila, mi madre amantísima, que acaba de dar al mundo un restaurador infatigable de la doctrina del gran Maestro, y así lo hacen también esas Academias libres de Bolonia, Nápoles, Roma, Lila, París y otras, benditas por la Iglesia, patrocinadas por los Obispos y espe-

ranza consoladora de todo el catolicismo. Y si de los centros de enseñanza pasamos á los centros del saber, de la oración y del sacrificio, unánime aclamación se levanta de los cuatro vientos del globo en testimonio y en defensa del Doctor Angélico, maestro universal de casi todos los institutos religiosos. Los ermitaños y los canónigos de San Agustín, la sapientísima congregación de San Mauro con todos los Benedictinos del mundo, los Mercenarios, los Mínimos, los Carmelitas descalzos de la seráfica Santa Teresa, la ínclita Compañía de Jesús, los Barnabitas, los Premonstratenses, los Oratorianos, los Escolapios de la Madre de Dios, los Jerónimos, y esa pléyade incontable de santos y sacerdotes, y juriscónsultos y filósofos de los siglos de oro, que han enseñado y que han escrito cuanto de notable encierran las bibliotecas de ambos mundos, todos han hecho profesión pública y solemne de seguir la doctrina de Santo Tomás de Aquino, y generalmente han cumplido como buenos ese deber, que los honra. Nada os diré de mi Sagrada Orden de Predicadores, que debe á Dios el beneficio insigne de haber formado en su seno al Ángel de las Escuelas, y que será grande y fecunda mientras que se conserve en el mundo un solo ejemplar de la Suma de Santo Tomás. ¿Os parecen bastantes estas autoridades para tomar por guía y preceptor en la inquisición de la verdad al Santo Doctor que venís á honrar en este día? ¿Va abriéndose paso á vuestro espíritu la idea de que Santo Tomás sea el primero entre todos los filósofos? Seguidme un momento más, que aún nos restan autoridades de más peso.

Un solo decreto aprobatorio de una Congregación romana ha vulgarizado en nuestras escuelas la teología moral de San Alfonso de Ligorio, discípulo de nuestro Santo. Yo podría citaros un centenar de Bulas de los Sumos Pontífices, en las cuales no se contentan con aprobar la doctrina del Angélico Doctor, sino que mandan seguirla, proclamándola verídica y católica, superior á todas, ex-

cepto la canónica, por el método de exposición y por la veracidad de sus sentencias, de tal manera que nunca haya errado quien fielmente la haya seguido, y siempre haya sido sospechoso de error cualquiera que la haya impugnado. Hanla llamado útil, amplia, angélica, divina, exenta de vanas curiosidades, segtrísima, inconcusa, adquirida, por infusión sobrenatural, y llena de tantos milagros como artículos contiene. Por eso Pio IX, el Pontífice del Syllabus, de la *Immaculata* y de la *Infalibilidad* declaraba á la faz del mundo que no había otro medio para reparar los estragos del *materialismo*, que la vuelta á los *principios de la ciencia tomista*; y nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, realizando el pensamiento de su dignísimo antecesor, hace de la filosofía de Santo Tomás el *programa oficial* de las escuelas católicas, funda Academias bajo el nombre y patronato del mismo Santo Doctor para la difusión de sus doctrinas, y émulo de la gloria y del cielo del gran San Pío V, ordena que con los caracteres más hermosos y los ódices más autorizados que sea posible encontrar, se editen todas las Obras del Santo y de sus más renombrados comentadores, y acaba de elevar su festividad al rito de primera clase, igualándola á las principales de la iglesia. ¿Y sabéis por qué? Porque la filosofía de Santo Tomás, dice el sabio Pontífice, ha llenado ampliamente la medida de su dictado, y es plenamente conforme á las verdades de la fe. Por eso también ese ilustre Prelado, pastor amantísimo de un pueblo que lleva en sus venas la sangre de nuestro pueblo, y al cual nos unen además los vínculos de la historia, de la lengua y de la religión: y esos eminentes profesores y literatos, gloria de las ciencias y de las letras patrias, no satisfecho su entusiasmo y su ardimiento en favor de la doctrina de Santo Tomás, profesándola y propagándola según sus fuerzas y su posición social, ha venido a este centro literario y católico de la capital de España para asociarse al homenaje de adhesión y de amor que la juventud católica de

Madrid tributa hace ocho años al Angel de las Escuelas.

¡Ah! Señores, que este concierto de aprobaciones por espacio de más de seis siglos es sobre toda ponderación elocuente y decisivo. Pues unid á él la voz elocuente, solemne, colectiva y majestuosa de esos Concilios augustos celebrados con la asistencia del Espíritu Santo en Lión, Viena, Constanza, Basilea, Florencia y últimamente en Roma, y el concierto de alabanzas se reviste de un carácter que se impone por su grandeza, porque en todas esas asambleas católicas, como decía el orador del Tridentino, los escritos de Santo Tomás fueron la piedra de toque para conocer la ortodoxia de las doctrinas. ¿Y cómo os ponderaré, señores, la gloria que tributó á Tomás el Concilio Tridentino, esa asamblea sin igual que legó al mundo un Código sin ejemplo? Alzase en el centro de su altar la efigie del Crucificado, á la derecha de éste la Sagrada Biblia y á la izquierda... ¿qué? ¡Oh gloria del Angélico Doctor, testimonio irrecusable en favor de su doctrina! Á la izquierda la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino. Este honor observa el reinante Sumo Pontífice, no se ha concedido á ningún otro Doctor católico, y es la aureola más refulgente con que ha podido la Iglesia orlar las sienes de Santo Tomás de Aquino. ¡Tomás después del Espíritu Santo! ¡La palabra de Tomás después de la palabra de Dios para dirimir las controversias! Así fué en efecto. Un fallo dogmático iba á ser pronunciado sobre la institución del sacerdocio; alguien cree (el Arzobispo de Granada) que el acuerdo proyectado disiente de Santo Tomás, y el santo Concilio suspende sus trabajos para otra sesión, ordena el estudio del texto de mi Angélico Doctor, y no pronuncia sentencia hasta cerciorarse de su absoluta conformidad con los escritos del Santo.

Estos testimonios son irrecusables, señores; pero me resta otro, aducido por autoridades como San Pío V, San Vicente Ferrer, San Antonino de Florencia, Clemente

VII y Benedicto XIII, que los excede, que los abarca, que los explica todos. Profundamente conmovido el Angélico Doctor por la gravedad de las cuestiones que salían diariamente resueltas de su pluma fecunda, póstrase ante la imagen de Jesús Crucificado, derrama á sus pies su alma y su su corazón, y pidele confiado y reverente la tranquilidad de sus ansias. ¡Oh momento supremo y decisivo! «Egressa est gloria Domini a limite templi, et stetit super cherubim.» El Crucifijo se anima, la oración del justo ha llegado al trono del Altísimo y recibe del Verbo de Dios esta respuesta, que debió conmover las jerarquías celestiales: «Bene scripsisti de me, Thoma.» Tomás, has escrito bien de mí. El Verbo del Padre aprueba la escritura del hombre: enmudezca toda lengua cuando es Cristo quien alaba. Llaman otros á Santo Tomás el Angel de la Teología y el principal de los filósofos; confiese Juan XXII que la *Suma* tiene tantos milagros como artículos: todo esto es pálido al lado de esta palabra *bene*: Cristo es el Verbo del Padre, Tomás el adverbio del Hijo. «Bene scripsisti de me, Thoma.» Un solo Verbo agotó las perfecciones del Padre, y con un solo verbo agotó Cristo las alabanzas de Tomás. Todo se le promete al justo cuando se le dice por el Profeta *que bibe*; todas las alabanzas de Tomás se afirman al decirle scripsisti bene. Vió Dios todo cuanto había creado, y lo encontró *muy bueno*; vió Cristo cuanto había escrito Tomás, y lo encontró *áigno de alabanzas*. «Ille enim probatus est, quem Deus commendat.» Grande es el mérito intrínseco que la razón humana descubre en las obras de Santo Tomás de Aquino; grandes, inusitadas las alabanzas que le han tributado los sabios y los Santos, las Universidades y las Órdenes Religiosas, los Papas y los Concilios y hasta los escritores heterodoxos; pero todas las supera, todas las agota, á todas les sirve de corona el elogio de Christo Jesus Señor nuestro. Yo nada puedo añadir para proclamar al Angélico Doctor como el primero entre todos los filósofos, y presentaros su doctrina

como una ciencia completa, y como el único organismo científico de filosofía cristiana, sino suplicaros que, pegada vuestra frente al polvo, os humilléis ante el genio portentoso de Santo Tomás de Aquino, bendigáis á Dios en sus obras, y exclaméis poseídos de profundo reconocimiento: «Bene scripsisti de me, Thoma.» Si lo hacéis, podréis también decir al Señor, imitando á Ricardo de San Victor: «Domine, si error est quod amplectimur, a te decepti sumus:» por que en el aluvión de errores que amenazan sumergirnos, abrazáis la filosofía aprobada por el Redentor pendiente de la Cruz y repetidas veces recomendada por la Santa Iglesia de Dios.

FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL, O. P.
Obispo de Oviedo

Nota: Son dignos de leerse los concienzudos artículos que bajo el epígrafe de «Santo Tomás de Aquino como filósofo», publicó en 1898, la revista «*El Santísimo Rosario*».

ARTÍCULO VII

DEL RESTABLECIMIENTO DE LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA,
SEGÚN EL ACADÉMICO D. MIGUEL MIR.

La filosofía, ciencia *entre las naturales* no menos eficaz que suprema, y que, desde que se apartó del camino franqueado por los escolásticos, se fué precipitando de error en error hasta caer inevitablemente en el abismo de escepticismo, reconocidos sus pasados extravíos, va entrando de nuevo en la senda de donde se había en mala hora desviado. «Toda la atmósfera filosófica de nuestros días, escribía Prisco, anuncia un próximo regreso á la Filosofía escolástica, y nadie sino los ignorantes deja de respirar esta atmósfera.»

Esta felicísima reacción, lejos de parecer extraña é inefrible, examinándola de cerca é íntimamente, se manifiesta evidente, obvia y natural á cualquiera que, teniendo

en cuenta lo que es la Filosofía escolástica, considere por un lado el *estado actual* de las ciencias, y por otro la constancia, el acierto, y sobre todo, los importantísimos resultados obtenidos por los filósofos más esclarecidos de nuestra edad, que han con entusiasmo acometido la empresa de restaurarla.

I

El conocimiento de las razones últimas de las cosas, adquirido por principios evidentes y aseguibles *naturali modo* al humano entendimiento, constituye la esencia de la filosofía. La cual, pudiendo considerarse á los seres en el orden de la realidad, en el de la idealidad ó conocimiento, y en el de la moralidad, es clarísimo que no llegará jamás á la meta de la ciencia verdadera de ninguna cosa, sino conoce exactamente el último y absoluto fundamento de aquel triple orden de causalidad, que en todos los seres se descubre causa de la existencia, cómo vino á la existencia y modo de conservarse esta existencia.

Esta razón suprema, fundamental, y que contiene en sí por eminente manera todas las demás causas de las cosas, es *Dios, Creador y Conservador* de todo lo existente, luz de todo entendimiento y fin último de toda operación. Y como acerca de su soberana naturaleza no llegaron los filósofos gentiles á tener noticia cierta y exenta de error, de ahí resultó que, aunque nos dejaron en sus escritos principios de la más alta sabiduría, no lograron constituir un cuerpo completo de doctrina, ni dar alcance á la ciencia de las causas últimas de las cosas. Mas así que resplandeció en la humana inteligencia la *luz divina* de la *Revelación*, un nuevo mundo de grandes ideas se descubrió á su vista que, al par que nos dirigía, nos enriquecía é ilustra con sublimes y no imaginadas verdades.

Apoyándose en estos principios los ingenios maravillosos de los Santos Padres, se entregaron al estudio de las